

Ideas filosóficas y políticas en Rafael María Baralt

Johan Méndez Reyes*, Ana Padrón Medina**

RESUMEN

Este texto destaca la falta de una narrativa crítica completa sobre las ideas filosóficas en América Latina, a pesar de la abundante literatura existente. La mayoría de los documentos conocidos se centran en recopilar contenidos "clásicos" o proporcionar visiones generales de la vida de intelectuales reconocidos, sin explorar nuevos enfoques. Se aboga por investigar el pensamiento después de la independencia, analizando su influencia en la historia nacional tumultuosa. El enfoque cualitativo y hermenéutico se utiliza para interpretar los textos en su contexto. El ensayo se centra en el pensamiento del venezolano Baralt, concluyendo que sus ideas filosóficas y políticas reflejan un pensamiento crítico que abraza ideales democráticos, fusionando valores cristianos, liberalismo y socialismo, este último visto como parte del futuro si se enfoca en la búsqueda de igualdad y justicia social.

Palabras clave: filosofía, política, democracia, socialismo, Rafael María Baralt

Philosophical and political ideas in Rafael María Baralt

ABSTRACT

The text highlights the incomplete critical narrative of philosophical ideas in Latin America despite abundant literature. Existing documents often focus on "classic" content or provide overviews of recognized intellectuals' lives, lacking exploration of new approaches. Investigating post-independence thought requires expanding ideological frameworks and revealing diverse efforts to address challenges in the turbulent regional context. The text focuses on Venezuelan thinker Baralt, justifying his inclusion in the study. The qualitative methodology, particularly the hermeneutic method, interprets texts in context. The essay analyzes Baralt's philosophical and political ideas, concluding that they reflect a critical era embracing democratic ideals within the Western tradition, interweaving Christian, liberal, and socialist values for a future focused on equality and social justice

Keywords: philosophy, politics, democracy, socialism, Rafael María Baralt

* Universidad Politécnica Salesiana. Grupo de investigación ATARAXIA. Doctor en Ciencias Gerenciales. Doctor en Ciencias Filosóficas. Doctor en Educación. Magister Scientiarum en Filosofía. Licenciado en Filosofía. Docente de la Universidad Politécnica Salesiana. Grupo de investigación ATARAXIA. Email: reymanjoh@gmail.com Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9349-223X>.

** Universidad Tecnológica ECOTEC. Doctora en Ciencias Gerenciales. Magister Scientiarum en Gerencia Tributaria. Licenciada en Contaduría Pública. Docente de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Tecnológica ECOTEC. Email: apadronm@ecotec.edu.ec. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4724-9543>

Introducción

En el siglo XXI, América Latina se enfrenta a diversos desafíos prácticos, abordándolos con un compromiso que se basa en la colaboración entre las fuerzas sociales populares de la región. Además, se reconoce la importancia de realizar una reflexión teórica sobre la historia del pensamiento filosófico y las ideas en nuestro continente. En América Latina, existe una valiosa tradición de investigación histórico-filosófica que se dedica a recopilar, sistematizar, rescatar y promover diversas ideas, sistemas de pensamiento y propuestas analíticas que exploran las realidades sociales, políticas y culturales de los pueblos latinoamericanos

Las investigaciones que se dedican al estudio del pensamiento tienen una importancia ideológica de gran relevancia. Estas investigaciones ofrecen la oportunidad de comprender cómo han evolucionado las ideas en la sociedad, de conocer las tendencias de pensamiento más significativas del pasado y de extraer lecciones relevantes para el presente y el futuro. Además, contribuyen a la formación de la conciencia nacional y ayudan a fortalecer el factor subjetivo en las nuevas generaciones, al proporcionarles un legado histórico que resulta realmente útil para la época en la que viven.

El pensamiento filosófico en Latinoamérica durante el siglo XIX adoptó una forma particular de asimilar e interpretar de manera innovadora las influencias europeas, en particular del liberalismo, conservadurismo, socialismo utópico, anarquismo, romanticismo e incluso el positivismo.

A pesar de la abundante producción literaria sobre autores y temas que han influido en el debate intelectual en América latina, la historia crítica de las ideas en la región sigue siendo un proyecto inacabado. La mayoría de los textos existentes se limitan principalmente a recopilar contenidos considerados “clásicos” o a presentar de manera general la vida y obra de intelectuales reconocidos, aunque con un enfoque más biográfico que analítico. La investigación sobre el pensamiento posterior a la independencia y su impacto en un período complejo de la vida nacional implica la necesidad de ampliar los fundamentos ideológicos que constituyen la tradición del pensamiento nacional y mostrar la diversidad de esfuerzos analíticos y reflexivos destinados a encontrar soluciones originales a los desafíos planteados a la sociedad venezolana en el contexto regional tumultuoso de la época. En el caso del pensamiento de Rafael María Baralt (1810-1860), se puede observar esta tendencia, lo que justifica su elección como objeto de estudio en esta investigación.

Este trabajo adopta la perspectiva presentada por Marx y Engels (2007) en el *Manifiesto Comunista*, donde se sostiene que la burguesía ha tenido un papel revolucionario significativo en la historia. Además, se subraya que la burguesía no puede mantenerse sin realizar constantes transformaciones en los medios de producción y, por ende, en las relaciones de producción, lo que implica cambios en todas las relaciones sociales.

Así, en este estudio, al destacar los aspectos humanistas innovadores en la obra de Baralt, situamos su legado en el contexto de la contradicción inherente a la burguesía como

clase, en los momentos iniciales de su entronización en el devenir histórico pos independentista venezolano. Ubicar su pensamiento en el contexto de su interés de clase burguesa no debe ser interpretada como una manera de determinar de manera rígida la evaluación de su trabajo. En cambio, esto nos brinda una lógica que nos permite entender cómo su pensamiento se desarrolló en las condiciones históricas y sociales reales de Venezuela.

Es importante destacar que la acción histórica de las clases sociales tiene un carácter contradictorio y no es un proceso consciente y deliberado por parte de los propios grupos sociales. Esta contradicción se manifiesta a través de la doble naturaleza de su participación en los eventos históricos. Por un lado, está mediada por la influencia ideológica que establece límites ideales que restringen su acción real.

Las ideas filosóficas y políticas de Baralt, en ese sentido, no logra distanciarse, ni mucho menos renunciar a su condición de intelectual burgués, por lo que pudiera entenderse que su propuesta se perfila como representativa de ese sector de la burguesía, que como afirmara Marx y Engels (2007) desea remediar la penosa situación social, con el fin de asegurar la continuidad de la sociedad burguesa.

Hoy en día, no es apropiado culpar a la gestión y las ideas burguesas de la época por el excedente ideológico que generó su participación en los procesos de transformación social y política. La discrepancia entre los intereses particulares de clase que promovieron, bajo la bandera de ideales universales, y la incapacidad de la burguesía para realizar estos ideales de inmediato, no se debe a un engaño deliberado de sus ideólogos ni a una acción automática e intencional de factores económicos. Más bien, se explica por las condiciones objetivas y reales en el contexto de la lucha de clases.

La obra de Baralt debe ser apreciada considerando las contradicciones presentes en sus posturas filosóficas y políticas, que abarcan desde el socialismo utópico hasta el liberalismo. En el transcurso de la historia de las ideas, siempre ha habido avances y retrocesos, así como convergencias y discrepancias, que nos permiten analizar a las personas en el contexto específico de sus circunstancias particulares.

La investigación se basa principalmente en la perspectiva materialista de la historia y en la dialéctica como marco metodológico de referencia. Los métodos empleados se centran en el análisis hermenéutico de los documentos, con el objetivo de interpretar los elementos filosóficos y políticos presentes en la obra del autor, así como comprender su pensamiento y su relevancia.

El objetivo de este ensayo es analizar las ideas filosóficas y políticas de este destacado pensador, la investigación se divide en dos partes, la primera es sobre las ideas filosóficas y una segunda parte que trata sobre su pensamiento político: democracia liberal, socialismo y economía

1. Las ideas filosóficas en los escritos políticos de Baralt

El pensamiento filosófico de Rafael María Baralt estuvo influenciado por el papel central que desempeñó la educación moderna e ilustrada de su época que abrazaron la noción de cambio y la importancia de “experimentar” nuevas soluciones políticas, económicas y sociales para superar los problemas heredados del pasado, como la pobreza, la ignorancia, el absolutismo, la desigualdad y la injusticia. Este autor fue uno de esos pensadores que, en lugar de conformarse con el statu quo, abogó por llevar a cabo transformaciones genuinas.

Esta preocupación filosófica lo llevo a un fuerte compromiso con la idea del progreso como una condición necesaria y alcanzable en cualquier sociedad. Lo que se consideraba fundamental en el mundo, la vida y la humanidad era el movimiento, en contraposición al estancamiento.

La idea de progreso implica un punto de partida en la historia humana, y un punto final en ésta, donde el trayecto recorrido comprende un avance hacia alguna meta. Esta meta u objetivo varía según cada autor. Para Massuh (1999), el progreso no es lineal, sino más bien, un proceso de construcción y reconstrucción que lleva hacia un fin último.

Tinoco (2007) identifica el nacimiento de la idea del progreso, con el cristianismo, porque con ella se introduce la concepción lineal del tiempo, condición necesaria para gestar una idea de progreso, pues el progreso, implica avance, desplazamiento de un punto a otro en el acontecer humano.

En la tradición cristiana, la noción de progreso se encuentra vinculada con la filosofía de la historia, que implica la existencia de un origen o inicio de los tiempos, una revelación y redención a través de la llegada de Cristo en la historia, y una visión de un evento final o fin de los tiempos, conocido como escatología. En toda la filosofía de la historia, ya sea en las de pensadores como San Agustín, Hegel, Comte o Marx, se encuentra un componente profético. La filosofía de la historia no solo se trata de comprender el pasado interpretado desde el presente, sino también de suponer un conocimiento del futuro.

La filosofía de la Ilustración introduce el aspecto moral en la concepción del progreso, al mismo tiempo que establece una conexión integral entre el logro del progreso y la educación. Estas ideas ejercieron una influencia significativa en el pensamiento filosófico de Baralt.

Baralt (1968) es un defensor a ultranza del progreso de la civilización, considera que el progreso de la humanidad es una marcha hacia la conformación de lo verdaderamente humano: la civilización, pero que esta no ha sido igual para todas las sociedades, en tal sentido considera que la vida se caracteriza por el movimiento, y la humanidad ha estado en constante movimiento. El progreso es una consecuencia natural del movimiento. Sin embargo, la civilización, que involucra diversos elementos, no ha sido igual para todas las naciones y, incluso en las más avanzadas, no ha logrado satisfacer todas las necesidades ni eliminar todos los errores. La civilización aún tiene desafíos pendientes, como garantizar todos los derechos y armonizar adecuadamente la vida individual y la vida en sociedad (Baralt, 1968).

Es por ello, que considera que el mundo se mantiene a través de instituciones y leyes, cuya persistencia en medio de la destrucción de imperios, naciones y razas ya no se debe a las necesidades que les dieron origen, sino a los intereses y abusos que se han refugiado bajo su protección (Baralt, 1968).

En realidad, este pensador venezolano sostiene que el progreso en las distintas disciplinas científicas no ha sido uniforme. Mientras algunas han alcanzado niveles muy avanzados de perfección en la actualidad, otras se encuentran en sus primeros pasos. La filosofía positiva está ampliando sus fronteras, la filosofía especulativa está construyendo sistemas, las doctrinas morales se están depurando, pero en contraste, la política, es decir, la ciencia de la vida social avanza sin una dirección clara. Se debate entre teorías contradictorias y utopías aparentemente inalcanzables, a veces experimentando, otras veces destruyendo o restaurando, siempre con una dosis de escepticismo y constantemente influenciada por fuerzas externas, atrapada en un ciclo vicioso de empirismo rudimentario que parece no tener fin (Baralt, 1968).

Por ello, afirma que, nadie puede sostener con plausibles razones que la sociedad ha alcanzado el punto supremo de la perfección. Por el contrario, los creyentes de diversas religiones, los filósofos de las diferentes escuelas, todas las opiniones, sistemas y conciencias coinciden en considerar que lo que existe es efímero. Comparten el deseo de una nueva solución para los problemas sociales, políticos y económicos, y anticipan un período de renovación para el mundo. Esperan la llegada de una IDEA-MESÍAS que, al poner fin a los conflictos de intereses, a las luchas partidistas y al caos de los experimentos empíricos que afligen a la humanidad, transforme la ciencia del gobierno en una disciplina "racional" regida por principios inmutables (Baralt, 1968).

La concepción filosófica de Baralt se sustenta en principios metafísicos con relación al movimiento y al cambio que sufre lo existente. Para él lo existente; la sociedad, la civilización, la cultura, lo humano y su progreso están sujetos a las leyes del cambio y la transformación. La vida es el movimiento, y éste no es posible sin un fin señalado a la actividad humana en la ancha vía del progreso universal y simultáneo de los diversos elementos de la civilización.

Por otra parte, Baralt, plantea la necesidad de elaborar una nueva teoría de la libertad, donde el hombre, sea considerado, no como fin, sino como medio de cumplir su destino, ser inteligente, a partir de esta premisa, se desarrolla una conexión entre el deber y el derecho que es más congruente con la estructura de la sociedad y más acorde con el desarrollo legítimo tanto del individuo como de la especie (Baralt, 1968).

Según la perspectiva de Baralt (1968), la familia y la sociedad deben entablar discusiones sobre las condiciones racionales para una organización que sea más adecuada para ellas. Esto implica establecer un equilibrio en la producción y distribución de la riqueza, redefinir la propiedad sobre nuevas bases y avanzar hacia una organización del trabajo más justa. El objetivo es buscar un modelo ideal de sociedad humana que pueda servir como

ejemplo para la mente y como motivación para la acción constante de la fuerza progresiva del mundo. Baralt (1968) sugiere que es necesario examinar tanto la esencia como las formas del matrimonio, con el fin de lograr la emancipación de la mujer. Además, aboga por que la educación de los hijos sea en gran medida responsabilidad de la nación.

Según este historiador venezolano, el progreso se considera una condición fundamental en la vida de las naciones, la sociedad y la familia. Negar su existencia, es negar la historia. Negar su importancia en el pasado y su necesidad absoluta en el futuro, es negar el avance de la civilización. Por ende, negar el progreso y la mejora del desarrollo gradual de la humanidad es negar la idea de la providencia (Baralt, 1968).

Una de las ideas que se asocia a su concepción sobre el progreso es su percepción sobre la guerra. A pesar de que Baralt considera que el movimiento o cambio social no implica respaldar la anarquía o el recurso a la violencia como medio para reclamar los derechos de una clase social explotada y que la búsqueda de un orden basado en la justicia debe surgir de reformas racionales, la guerra, es considerada, para Baralt (1968) como “el brazo de Dios y el instrumento de la civilización, como los grandes hombres son la representación de las ideas que la forman. Suprimid de la historia a Alejandro, a César, a Carlo Magno, a Godofredo de Bullón, Gregorio VII, a Colón, a Bonaparte, y no podréis entenderla; mucho menos explicarla... sin las páginas de estos grandes reformadores antiguos y modernos es imposible entender nuestro pasado, futuro y presente de la humanidad...” (Baralt, 1968, p. 286).

La guerra se presenta como un elemento esencial para el avance del ser humano, la sociedad y, en consecuencia, la humanidad en su conjunto. A lo largo de todas las épocas y lugares, la guerra ha sido uno de los factores más influyentes en la evolución positiva de la humanidad.

Baralt (1968) argumenta que todo el conjunto diverso y complejo de eventos que conforman la civilización sería incomprendible sin la presencia de la guerra. Sugiere que las guerras son indispensables para que el ser humano alcance su pleno desarrollo y consagración como tal. Baralt señala que, a lo largo de la historia, los trastornos y calamidades que han afectado al mundo, actuando como una suerte de lluvia de fuego vital y purificadora, han sido cruciales en la evolución de la sociedad. Estos eventos han llevado a la sociedad desde la institución generalizada de la esclavitud hasta la emancipación del estado llano, a través de fases intermedias como el feudalismo y la servidumbre del terruño, así como la monarquía cristiana y el Papado. Esto ha culminado en la consagración formal de los derechos que hacen del ser humano un ser racional, moral, libre y, por lo tanto, digno de su sabio Creador (Baralt, 1968).

Si no fuera por la guerra – destaca Baralt- las sociedades humanas no hubieran podido vencer los problemas de la supervivencia en la tierra, gracias a ella han podido surgir los valores que engrandecen al hombre, en este sentido la guerra es considerada como principio para el avance y progreso de la humanidad.

A pesar de este planteamiento, Baralt, está consciente que la guerra es un mal que el hombre en algún momento deberá exterminar. No defiende a la guerra a ultranza, por el contrario, sostiene que no es un mal intrínseco que la civilización pueda eventualmente erradicar. Su teoría sobre la guerra es la siguiente: el mal y el error están en constante conflicto con el bien y la verdad. De ahí la necesidad de los enfrentamientos. Sin embargo, dado que, en estos enfrentamientos, como inevitablemente sucede, el bien y la verdad siempre triunfan sobre el mal y el error, que son los instigadores, la historia que registra estos eventos puede y debe considerarse como el lugar donde Dios manifiesta sus juicios. Lo mismo ocurre con las grandes y decisivas batallas que provocan cambios en la estructura social de las naciones; deben ser entendidas como cambios directos en esos mismos juicios divinos (Baralt, 1968).

Es decir, que el propósito de la guerra no es eliminar por completo el error, sino más bien reducirlo a un estado pasivo a medida que la civilización avanza y la cultura humana se desarrolla. Para Baralt la civilización se ha ido conformando gracias a distintas guerras que se han generado a lo largo de la historia. Si examinamos la historia y hacemos un recuento de los cambios fundamentales en la vida de la humanidad, observamos que la esclavitud evoluciona hacia la servidumbre y luego se convierte en gremios industriales. Estos gremios, a su vez, obtienen su emancipación, lo que da lugar al surgimiento de una sociedad en la que el estado llano tiene un papel predominante. La nobleza basada en la ascendencia se desvanece, la libertad se manifiesta y emerge la clase trabajadora, o proletariado. Sin embargo, ¿cuál de estas transformaciones no ha implicado conflictos violentos? ¿Cuál de ellas se ha logrado sin recurrir a la guerra? ¿No es la guerra el medio natural que ha impulsado el progreso de la civilización? (Baralt, 1968).

En este sentido, plantea que la guerra no es, ni puede ser un estado permanente de la sociedad; pero ha sido y será muchas veces condición de progreso. "Puede que sea un azote, pero no una vergüenza. Ni aun la época del terror merece este nombre." (Baralt, 1968, p. 263)

Esta idea de que la guerra es una condición necesaria para el progreso del hombre, de la sociedad y por consiguiente de la humanidad, es sin lugar a duda, una de las tesis más cuestionables del pensamiento filosófico de Baralt, que estuvo influenciado por la filosofía ilustrada y del socialismo utópico.¹

2. Pensamiento político: democracia liberal, socialismo y economía.

En este apartado se propone examinar algunos aspectos del pensamiento político de Baralt, específicamente sus conceptos como la democracia liberal, socialismo y economía. Estos temas son relevantes tanto en su época como en la actualidad, este pensador es visto como un escritor que ofrece una valoración equilibrada de estas realidades.

¹ Esta noción de que la guerra es un medio necesario para el progreso humano fue retomada más tarde por los positivistas venezolanos, particularmente en las últimas décadas del siglo XIX y el siglo XX. Laureano Vallenilla Lanz, en particular, desarrolló esta idea. Cfr. (Méndez, J. y Morán, L., 2009).

Baralt (1968) establece de manera clara que el ideal de la democracia, que se opone al absolutismo, está en consonancia con los principios propagados por la Iglesia en Europa, incluyendo la convivencia solidaria entre las personas, la igualdad y la justicia. Para Baralt (1968), la democracia representa el punto culminante de un proceso cuyo desarrollo se manifiesta en lugares donde la Iglesia ha difundido estos principios, que son fundamentales de la era moderna. Su enfoque principal es la democracia, que él considera como el “último estadio político de la civilización moderna”. Sin embargo, su visión del progreso y la evolución de las sociedades lo lleva a no descartar la posibilidad de que puedan surgir “nuevas formas políticas” que sean necesarias para las transformaciones de la humanidad.

En este sentido, el modelo de democracia propuesto por Baralt (1968) es un sistema político que garantiza la libertad y se opone a cualquier forma de régimen tiránico. Su objetivo principal es proteger los derechos individuales y sociales de la población, así como mantener la gobernabilidad y la estabilidad en la convivencia armónica de la sociedad.

A pesar de que Baralt (1968) sostiene que la democracia se diferencia de una concepción del socialismo que busca la reivindicación de los derechos de las clases desfavorecidas a través de revueltas y la “tiranía de la sociedad sobre el individuo”, considera que la democracia está alineada con un modelo socialista que aboga por la igualdad y una “reforma lenta y juiciosa”. Por lo tanto, la postura de Baralt (1968) con respecto al socialismo es ambivalente. Por un lado, rechaza que el socialismo sea la causa de la agitación y la violencia que se experimentaban en algunos países europeos, principalmente en Francia, debido a la lucha del proletariado contra las clases poderosas. Por otro lado, valora positivamente la idea de que el socialismo pueda abogar por la reivindicación del proletariado a través de reformas racionales que hagan posible la implementación de la democracia, la igualdad, la libertad y la justicia.

Asimismo, considera que la democracia constituye un viejo anhelo de los pueblos, que siempre vieron y ven en ella un valor a alcanzar. Hoy en día, en nuestra América, la mayoría de los sectores ciudadanos, de los sectores civiles y populares, la consigna *la peor democracia es preferible a la mejor dictadura* constituye una convicción consensuada (Baralt, 1968).

Sin embargo, ¿Todos compartimos la misma comprensión de la palabra “democracia”? La respuesta a esta pregunta es negativa, ya que el significado del término “democracia” ha sido objeto de debates fundamentales durante varios siglos, y estos debates no solo han generado discusiones, sino también conflictos que han tenido graves consecuencias en términos de pérdida de vidas humanas, daño a la propiedad y debilitamiento de las instituciones. Incluso Baralt (1968) era consciente de esta compleja situación.

El caos se disfraza en la actualidad bajo una sola palabra, siguiendo la perspectiva de Guizot (1849): “democracia”. Esta palabra se ha convertido en una especie de palabra mágica, universalmente invocada por todos los partidos políticos que buscan apropiársela como si fuera un amuleto. Los monárquicos argumentan que su monarquía es democrática, lo que la distingue esencialmente de las antiguas monarquías y la hace adecuada para la sociedad

moderna. Los republicanos sostienen que la república es la democracia autogobernada, y este tipo de gobierno es el único que se ajusta a una sociedad democrática en términos de principios, sentimientos y objetivos. Los socialistas, comunistas y montañeses desean que la república sea una democracia pura y absoluta, y consideran que esta es la condición fundamental de su legitimidad. La palabra “democracia” tiene tal influencia que ningún gobierno se atreve a existir, ni siquiera cree que pueda existir, sin proclamar su compromiso con esta idea, y quienes la enarbolan con mayor énfasis son quienes se consideran más poderosos. Esta idea, que perpetuamente suscita o alimenta la lucha entre nosotros, es la guerra social. Es precisamente esta idea la que debe ser erradicada

Quizá la tesis fundamental a sustentar en esta reflexión tiene dos aspectos complementarios. Por una parte, hay que afirmar que por “democracia” se dice de muchas maneras y se ejerce según contextos histórico perfectamente determinados. Por la otra, es necesario reconocer que la división de poderes, el ejercicio periódico del voto y de la delegación del ejercicio del poder, constituyen características necesarias, pero no suficientes de la democracia anhelada por décadas en nuestra América, desde el mismo momento independentista.

Las ideas que predominaron en Europa durante el siglo XIX estuvieron influenciadas por los conceptos políticos de la Ilustración. Estas ideas fueron las mismas que inspiraron primero la Revolución de Independencia de las colonias americanas en 1776 y luego la Revolución Francesa en 1789. Estos eventos sentaron las bases para el constitucionalismo liberal del siglo XIX, que influyó en todas las corrientes políticas de la época. Esta transformación se produjo en una amplia zona de transición que marcó la transición entre el Antiguo Régimen y el Estado liberal. Fue un período de cambio de una sociedad estamental a una sociedad con una clase media emergente. Durante este tiempo, la guerra y la revolución fueron fenómenos que afectaron a los pueblos europeos y latinoamericanos de manera simultánea.

En tal sentido, el planteamiento sobre democracia de Baralt (1968) se inserta en esta discusión contextual. Para él, la democracia, es entendida como aquella que propone establecer como máxima, la felicidad de todo los hombres, como derecho esencial para la buena vida, este derecho, señala Baralt (1968) depende de las habilidades inherentes que los individuos han recibido de la naturaleza y también basándose en el mérito de sus acciones, se considera que la sociedad, que es el escenario donde las personas buscan y logran su felicidad, en lugar de obstaculizar el desarrollo de sus habilidades y la adquisición de los recursos necesarios para alcanzarla, debe facilitar y fomentar su crecimiento y mejora.

A través de la democracia los pueblos alcanzan el progreso, siempre que se ajusten a las exigencias de la industria, de las artes, de las leyes, de las costumbres y de las luces, Baralt (1968) acepta y respalda este tipo de democracia, agradece a la providencia por el hecho de nacer en una época en la que se permite que un número mayor de personas disfrute de las virtudes, las buenas costumbres y la iluminación intelectual, aspectos que antes eran exclusivos de unos pocos.

La democracia es para Baralt (1968) –siguiendo a Guizot (1849)- un progreso; punto de partida que se halla reinante y próspera en algunas de las naciones más poderosas y mejor ordenadas del mundo. Cuando estos principios se han implementado sinceramente en la administración de los asuntos públicos, han producido un impresionante crecimiento económico, la promoción de la moralidad y una mejora en la condición y el bienestar de todas las clases sociales (Baralt, 1968).

Según las ideas de este pensador venezolano, la democracia trae consigo los beneficios de la justicia y el bienestar social, y se origina en las ideas cristianas. Baralt afirma (1968) que la democracia es un logro de la humanidad, que se ha desarrollado de manera gradual y progresiva a lo largo del tiempo. Según él, el inicio de este progreso se puede rastrear hasta Jesucristo, y su mensaje en el Evangelio ha servido como un modelo a seguir en este proceso.

Baralt (1968) argumenta que la democracia no tiene ninguna relación con los excesos cometidos por el absolutismo en su lucha contra ella. Además, sostiene que el liberalismo ecléctico no ha logrado comprenderla adecuadamente. También critica a aquellos que se hacen pasar por defensores de la democracia pero que en realidad la han corrompido y traicionado.

Baralt (1968) indica que la democracia ha sufrido desafíos debido a varios factores, como la inexperiencia de sus primeros seguidores, quienes no han sido capaces de dirigirla adecuadamente. También menciona los excesos de reformadores exagerados y violentos que, a propósito, o por ignorancia, han mezclado sus propias doctrinas con la democracia. Además, señala que la democracia se enfrenta a las leyes invariables que rigen los asuntos humanos, donde nada nace sin dificultades ni esfuerzo.

Desde esta perspectiva, este intelectual considera que el mal no está en la democracia, sino en lo que llaman “idolatría de la democracia”, critica lo que él considera como aspectos negativos o problemáticos en la sociedad, como el culto bárbaro de las masas basado en la fuerza en lugar de los derechos, los privilegios y monopolios de ciertas clases que perjudican a otras, una especie de aristocracia aún peor que la anteriormente conocida, la tiranía de la sociedad sobre el individuo, la imposición de ciertas formas preconcebidas por algunos planificadores y la tendencia a destruir indiscriminadamente el pasado sin considerar adecuadamente el presente y el futuro (Baralt, 1968).

Cuestiona con rigor lo que considera una versión pervertida de la democracia, caracterizada por la demencia, el delirio, la extravagancia y el crimen. Afirma que esta no es la democracia que él entiende y defiende. En cambio, la democracia que respalda es aquella que se encuentra en armonía con el orden social diverso de las diferentes naciones civilizadas y que comparte la religión cristiana como un elemento central (Baralt, 1968).

En este sentido, el autor sostiene que la verdadera democracia es compatible con la diversidad en el orden social de las distintas naciones civilizadas. Esta forma de democracia, según él, se origina en el cristianismo y promueve la libertad, el poder pleno como

garantía de la libertad, protege los intereses legítimos, defiende los derechos y fomenta el cumplimiento de los deberes. Además, esta democracia es amigable con todas las clases sociales, excepto con la arbitrariedad y la tiranía, que son sus enemigos (Baralt, 1968).

La democracia no ha caído, pues, sobre la sociedad al modo de un aerolítico que nadie espera, sino que ha sido y es un suceso natural, visible casi, cuya existencia está sometida a las leyes generales de la historia. Para este historiador venezolano, la democracia es una idea "necesaria" que comparte características con otras ideas sociales. Considera que esta idea es providencial y divina, y su origen lógico se encuentra en las leyes morales que guían a la humanidad, sostiene también que el desarrollo gradual de la democracia se manifiesta claramente en el escenario de la historia (Baralt, 1968).

A lo largo de la historia, los diversos acontecimientos en la vida de las naciones han contribuido en beneficio de la democracia. Todos los elementos, ya sean revoluciones o represiones, períodos de paz o guerra, instituciones o costumbres, sistemas o leyes, invasiones bárbaras o triunfos de civilizaciones avanzadas, así como la influencia de la ciencia, las artes, las religiones y la filosofía, han favorecido de alguna manera el avance de la democracia. Baralt (1968) también señala que todas las personas, ya sean reyes, conquistadores, legisladores, pontífices o tiranos, ya sea que hayan apoyado o combatido la democracia, han contribuido, de manera consciente o no, a hacer florecer la idea de la libertad del ser humano y la emancipación de las naciones.

El progreso es gradual y constante hacia la igualdad de condiciones, que es la idea central de la democracia, es un hecho que posee todas las características de los eventos providenciales. Este proceso es universal, constante, duradero, irresistible, justo y evidente, y no depende de la voluntad de los seres humanos. Además, cuenta con el apoyo de todas las fuerzas físicas, morales e intelectuales de la humanidad para su realización.

Baralt (1968), siendo un intelectual liberal de América, se planteó la pregunta de si la democracia, que es una consecuencia lógica del gobierno representativo, es socialista o comunista. Su respuesta reconoce las buenas intenciones del comunismo y el socialismo, pero no representan la verdadera democracia por excelencia. En este contexto, cuestiona a Guizot (2009) por intentar establecer una estrecha conexión entre el socialismo y la democracia, discrepa fundamentalmente en esta cuestión y sostiene que está equivocado al tratar de confundir deliberadamente el socialismo con la democracia. Argumenta que esta pretensión es aún más absurda dado que Guizot es un demócrata, al igual que lo es el gobierno representativo cuya historia ha trazado en su obra (Baralt, 1968).

Es por ello, que este autor enfatiza que los socialistas, comunistas y montañeses no basan la legitimidad de sus sistemas en el principio de la democracia pura. Además, subraya que el socialismo y la democracia no son la misma cosa, refutando la idea de que sean intercambiables o que compartan una identidad ideológica. Baralt (1968) sostiene que estas dos corrientes políticas tienen diferencias sustanciales y no deben confundirse entre sí.

Baralt, claramente influenciado por el liberalismo del siglo XIX, argumenta que la democracia promovida por pensadores como Montesquieu, Adam Smith y Tocqueville no aboga en ningún caso por la expropiación de bienes, a diferencia de lo que hacen el comunismo y el socialismo. La democracia que defiende se basa en el respeto a la propiedad privada, la acumulación de riqueza y los valores del individualismo. En su perspectiva, la democracia y el liberalismo están estrechamente relacionados, y ambos enfatizan la importancia de los derechos individuales y la propiedad privada como fundamentos del sistema político y económico.

La democracia no aboga ni apoya la expropiación de bienes. Según él, el principio económico fundamental de la democracia es la desvinculación, y esto se refleja en leyes en Francia y otras naciones civilizadas. En relación con la propiedad privada, considera que es justa y esencial, ya que sin propiedad privada no hay trabajo, sin trabajo no hay producción, sin producción no hay riqueza ni alimentos, y sin estos elementos, la sociedad no puede existir. Su perspectiva subraya la importancia de la propiedad privada en el sistema económico democrático (Baralt, 1968).

Baralt (1968) plantea soluciones para conservar la propiedad y evitar una distribución injusta de los bienes que esta produce. Según su visión democrática, estas soluciones incluyen:

- La distribución igual de la herencia entre los hijos o herederos.
- El aumento de capital y, por lo tanto, del trabajo a través de la reforma de impuestos, la reforma de la administración y la economía en el presupuesto.
- La creación de un amplio sistema de concesión de trabajo como parte de la beneficencia pública.
- La asociación entre el capital y el trabajo, el empresario y el obrero.
- La unión estrecha entre el sentimiento moral, el sentimiento religioso y el sentimiento de libertad a través de la fraternidad cristiana (Baralt, 1968).

Estas medidas buscan mantener la propiedad privada mientras se abordan las cuestiones de desigualdad y distribución de riqueza en una sociedad democrática.

Es por ello, que la democracia es entendida como una forma de gobierno que se basa en el liberalismo y considera que su objetivo no es respaldar el socialismo, sino argumentar a favor de la democracia. Para él, el liberalismo y el socialismo son conceptos distintos, y critica que Guizot los haya mezclado en un solo concepto (Baralt, 1968).

La democracia, que defiende Baralt (1968), es aquella que se debe incorporar a las leyes históricas, por tanto, a pesar, de profesar la igualdad entre los hombres, ésta se hace imposible por el devenir histórico de la civilización, en su obra se puede apreciar como describe una secuencia histórica en la que la esclavitud evoluciona hacia la servidumbre, que a su vez se convierte en gremios industriales, luego da lugar al estado llano, que finalmente

lucha por su emancipación mientras el proletariado emerge como una clase oprimida. El autor plantea la pregunta de si Guizot (2009), cree que la humanidad debe detenerse en este punto, manteniendo a la clase más numerosa de la sociedad en un estado de servidumbre. El autor aboga por la libertad para todos, no solo para unos pocos (Baralt, 1968).

En este sentido, reconoce la existencia constante de la lucha entre ideas, pasiones e intereses, ya que dos tendencias legítimas pero opuestas compiten por el control de la sociedad. Una de estas tendencias busca la desigualdad, mientras que la otra busca mantener o restaurar la igualdad entre los individuos. Siguiendo a Cousin (1997), afirma que Dios ha dispuesto que, a pesar de esta lucha constante entre el bien y el mal, la civilización siempre triunfe, ya que nunca será derrotada (Baralt, 1968).

Esta posición de Baralt (1968) cae en una especie de maniqueísmo, en su obra, se muestra sutileza al buscar una posición intermedia entre la democracia liberal y el socialismo, demostrando un profundo conocimiento de la tesis del socialismo utópico. Ejemplifica esto citando a Chateaubriand (1881), quien sostiene que la sociedad tal como existe actualmente no perdurará, ya que, a medida que la educación llegue a las clases más bajas, estas descubrirán la desigualdad que subyace en la estructura social. Esta desigualdad, que ha existido oculta por la ignorancia y la organización artificial de la sociedad, será evidente para toda una vez que los menos favorecidos adquieran conocimiento. Chateaubriand (1881) argumenta que, con el desarrollo material de la sociedad y la propagación de las ideas, la igualdad se convertirá en una demanda irresistible. Sin embargo, advierte que este futuro igualitario está lejos y solo se alcanzará a través de la fuerza y la virtud de una esperanza persistente, que solo los cristianos poseen.

Baralt (1968) reconoce que el comunismo y el socialismo incorporan algunas nociones democráticas elementales. Sin embargo, sus pretensiones exageradas y sus ideas erróneas sobre el gobierno, la sociedad, la política y la economía pública los excluyen de la categoría de sistemas democráticos. De manera similar, considera que la monarquía, a pesar de tener elementos democráticos, no puede ser considerada democrática debido a que no ha implementado la descentralización administrativa, la confederación de intereses provinciales, un sistema electoral basado en ideas federales, cuerpos legislativos relacionados con estas ideas, libertad ilimitada y la emancipación de la Iglesia, entre otros principios fundamentales que son esenciales para la democracia y que se han convertido en axiomas gracias a la experiencia de la Unión Americana en el campo de la ciencia política.

A lo largo de la obra política de Baralt (1968), se pueden encontrar reflexiones profundas sobre el conflicto entre el socialismo utópico y la economía política o liberalismo. A veces, estas reflexiones son extensas y detalladas, y aunque Baralt a veces actúa como un observador neutral, en ocasiones parece mostrar una inclinación hacia el liberalismo, aunque no siempre exprese claramente su posición. Para interpretar su perspectiva con mayor claridad, es necesario leer entre líneas en su obra.

En efecto, en sus *Escritos Políticos*, Baralt despliega, los elementos que él considera esenciales entre estas dos corrientes, en ese sentido, señala que se presenta una lucha entre dos poderes que compiten por el control del mundo y se condenan mutuamente con la misma intensidad que dos religiones enemigas; la economía política o la “tradicción”; y el socialismo o la “utopía”. ¿Qué es la economía política? ¿Qué es el socialismo?” (Baralt, 1968, p. 303).

La economía política es –siguiendo a Baralt- la historia natural de las costumbres, tradiciones prácticas y rutinas más aparentes y universales acreditadas en la sociedad tocante a la producción y a la distribución de la riqueza. “Bajo este concepto se considera y llama “ciencia”, legítima en “hecho” y en “derecho”, y declara que “lo que es” debe ser” (Baralt, 1968, p. 303).

Mientras que el socialismo plantea que la sociedad actual tiene una estructura problemática y demuestra que el orden establecido por la civilización es contradictorio e ineficaz, dando lugar a la opresión, la pobreza y el crimen. A partir de esta premisa, busca reformar las costumbres y las instituciones, y sostiene que la economía política es una teoría falsa diseñada en beneficio de un pequeño grupo en detrimento de la mayoría de la población. Utilizando el principio “por sus frutos los conoceréis”, el socialismo expone las calamidades humanas como prueba de la ineficacia y futilidad de la economía política. Por ende, el socialismo planea que lo que “debería ser” no se refleja en la realidad actual.

Es por ello, que Baralt (1968) señala que existe una clara distinción entre la economía política y el socialismo. La economía política tiende a justificar y glorificar el egoísmo, mientras que el socialismo exalta el sentido de comunidad. Los defensores de la economía política son optimistas en cuanto a los hechos que ya han ocurrido, mientras que los partidarios del socialismo son optimistas en relación con los hechos que aún deben llevarse a cabo. Es decir, estas dos corrientes tienen enfoques y perspectivas muy diferentes sobre la sociedad y la economía.

Siempre buscando mediar entre posiciones opuestas, este pensador procura resolver las tensiones entre la economía política y el socialismo al introducir un tercer sistema que llama “ciencia social”. Él entiende la ciencia social como el conocimiento especulativo y sistemático de lo que realmente “es” en todas sus manifestaciones a lo largo del tiempo en la humanidad. Este enfoque abarca todo el espectro de la existencia humana, no solo en un período específico, sino en todos sus principios y en su totalidad. La idea es comprender la realidad en su plenitud y progresión, lo que permitiría una visión más completa de la ciencia (Baralt, 1968).

En este sentido, Baralt (1986) plantea la pregunta de quién puede resolver el conflicto entre la economía política y el socialismo. Su respuesta es que solo la ciencia social, como un juez competente, puede hacerlo. Sin embargo, el problema es que cada una de estas dos escuelas cree que tiene en su poder la verdad absoluta y no están dispuestas a ceder en sus posiciones.

Para este intelectual venezolano, tanto los economistas políticos como los socialistas cometen errores cuando se cierran a la posibilidad de un progreso ulterior. Los economistas

políticos a menudo presentan sus teorías como una ciencia definitiva y no están dispuestos a revisarlas o mejorarlas. Por otro lado, los socialistas rechazan por completo la tradición y buscan reconstruir la sociedad sobre bases extravagantes o quiméricas. Baralt (1968) sostiene que el socialismo necesita una crítica profunda y un desarrollo constante de la economía política, y a su vez, la economía política no debe considerarse como una ciencia completa e inmutable basada en las ideas de pensadores como Adam Smith o J.B. Say (Baralt, 1968).

Baralt (1968) argumenta que la economía política, con su enfoque en el individualismo y sus afirmaciones exclusivas, puede ser considerada como una parte fundamental de la ciencia. Los hechos que describe y analiza desempeñan un papel similar al de las bases preestablecidas, las mediciones y los puntos de referencia en una triangulación topográfica extensa. Desde esta perspectiva, el progreso de la humanidad, que avanza desde lo simple hacia lo compuesto, se ajustaría completamente a la evolución de las ciencias. Los fenómenos discordantes, a veces incluso subversivos, que constituyen la base y el objeto de la economía política podrían ser vistos como hipótesis particulares que la humanidad ha aplicado sucesivamente en servicio de una hipótesis superior. La demostración comprobada de esta hipótesis superior resolvería todas las dificultades y satisfaría las legítimas aspiraciones del socialismo, sin necesidad de anular los principios económicos.

En aras de proponer una solución armoniosa entre las dos escuelas, este autor, busca entender que la sociedad es una entidad en constante evolución que involucra elementos contradictorios, y las teorías aparentemente antagónicas pueden coexistir. Él compara esta evolución de la inteligencia con la evolución de la sociedad, afirmando que cuando una institución social da lugar y promueve el desarrollo de una tendencia que se opone a ella, esta discrepancia en la práctica conduce a la creación de una institución más compleja que integra y satisface ambas tendencias contrarias. Sin embargo, esta conciliación solo es posible hasta cierto punto, determinado por el nivel de educación alcanzado por la humanidad en ese momento histórico (Baralt, 1968).

Los hechos sociales pueden entenderse como tesis y antítesis en busca de una síntesis o resolución. Esta síntesis no se basa en un término medio o un eclecticismo arbitrario, sino en la emergencia de un tercer principio o una ley superior que, en lugar de excluir los elementos opuestos, los integra y los reconcilia en una fórmula más completa y absoluta (Baralt, 1968).

La economía social busca un mejor estado en el futuro y reconoce que todos los elementos necesarios para su estudio se encuentran en la economía política. Aunque pocos están satisfechos con la situación actual, también se desconfía de las quimeras y las invenciones extravagantes. La verdad solo puede encontrarse en una fórmula que reconcilie estos dos aspectos: la conservación y el movimiento (Baralt, 1968).

A pesar de que Baralt (1968) no considera al socialismo como un sistema democrático, reconoce ciertas características que, en su opinión, sugieren un carácter democrático en el socialismo como un sistema político alternativo al liberalismo. Destaca que, en las dis-

cusiones entre las diferentes escuelas socialistas sobre la comunidad de trabajo y bienes, así como la intervención estatal en el comercio e industria, la mayoría de los intelectuales socialistas están de acuerdo en principios fundamentales como la familia, la herencia, la libertad individual, la libertad del trabajo y la afirmación del ser supremo. Estos principios sirven como fundamentos sociales, mientras que la soberanía del pueblo, el voto o sufragio universal, y la unidad del poder público actúan como principios políticos en la escuela socialista. A pesar de las controversias y debates en el seno del socialismo, estos principios básicos forman la base de su sistema práctico de gobierno, aunque algunos intelectuales especulativos hayan planteado cuestiones candentes que han causado problemas a sus seguidores, lo que ha llevado a cierto grado de ostracismo en la opinión pública (Baralt, 1968).

El socialismo es la “protesta” contra las instituciones viciadas de elementos individualistas, burgueses, explotadora, clasista y mercantilista. Los grandes reformadores de la humanidad han sido socialistas, inclusive la misma religión cristiana, más que ninguna otra fue utópica y socialista en su principio.

Según Baralt (1968), las utopías se dividen en dos categorías principales debido a la naturaleza de sus objetivos. Una de ellas busca obtenerlo todo para el individuo y puede ser denominada “economismo”, mientras que la otra busca obtenerlo todo para la sociedad y a través de la sociedad, y se conoce como “comunismo”.

En este “ensayar utópico”, de proyectos y posibilidades, confluyen los sueños, ideales, mitos, religiones, conocimientos y saberes; en una relación múltiple y diversa de la teoría y la praxis. En esta interacción entre realidad y ficción, surgen experiencias novedosas que demandan explorar territorios desconocidos más allá de lo convencional. Esto implica sumergirse en la oscuridad de la incomprensión, la ignorancia, la incertidumbre y la duda. Es un esfuerzo valiente, una búsqueda audaz, una aventura arriesgada, una apuesta por la utopía y la esperanza. Representa un intento de escapar de la desafiante y abrumadora pobreza, así como de las limitaciones intelectuales que impiden el progreso. También es una forma de liberarse de las ataduras y responsabilidades impuestas por las ideologías, las estructuras sociales y las obligaciones políticas en las naciones de América Latina (Cerutti, 2003).

Dentro de este contexto, Baralt (1968) continúa avanzando en su búsqueda de una “crítica imparcial” y sostiene que el socialismo adquiere valor solo como una protesta destinada a eliminar la utopía oficial. Una vez lograda esta abolición, considera que es apropiado detenerse y permitir que la libertad asuma la responsabilidad y el derecho de avanzar de acuerdo con sus propias leyes, las condiciones sociales existentes y el espíritu de la época.

El socialismo plantea que todos los sistemas económicos se basan en la hipótesis, ficción, utopía, o cualquier otro término que se le quiera dar, de la “productividad” del capital. Según esta perspectiva, la mitad de los productos sociales pasa de las manos de los trabajadores a las de los capitalistas, propietarios de tierras y hacendados, a través de conceptos como “renta, arriendo, alquiler, intereses, beneficio, agiotaje” y otros similares. Según esta

visión, los capitalistas producen con sus propios instrumentos y, como resultado natural y necesario, generan la desigualdad de condiciones y de riqueza en la sociedad. Esto lleva a la división de la sociedad en dos clases enemigas: aquellos que tienen un exceso de productos y la servidumbre de la clase más numerosa de la sociedad, que se encuentra en la miseria.

La asociación fraternal entre los individuos y la intervención protectora del Estado son los dos conceptos fundamentales que han mantenido unido al socialismo del siglo XIX con tendencias que existen desde tiempos antiguos. Estas tendencias se han manifestado de diversas maneras a lo largo de la historia, ya que se basan en el deseo eterno de la humanidad de alcanzar el bienestar y la felicidad.

Para este intelectual venezolano, se debe tener una postura crítica ante estas dos peligrosas tendencias de la sociedad. Por un lado, el liberalismo, que adormece a la sociedad con un optimismo falso que lleva a la inmovilidad y conlleva peligros. Por otro lado, el socialismo, que pretende retroceder a la sociedad y sofocar la revolución y el espíritu humano.

Reflexiones finales

Es cierto que la obra de Rafael María Baralt representa una contribución significativa al pensamiento filosófico y político en América Latina. Sus reflexiones sobre el liberalismo, el socialismo y la democracia, así como su búsqueda de una síntesis entre estas corrientes, son temas de relevancia en la historia de las ideas en la región. Incluir su trabajo en los estudios de historia, filosofía y literatura es importante para comprender mejor las complejas dinámicas intelectuales y políticas de su época y su influencia en el pensamiento latinoamericano.

Sus reflexiones continúan siendo una referencia obligatoria para reconstruir la historia las ideas filosóficas en Venezuela y América Latina, a pesar de haber transcurrido más de un siglo y medio desde su producción intelectual, sus reflexiones sobre cuestiones políticas, económicas y sociales siguen siendo objeto de estudio y debate, lo que demuestra la perdurabilidad de su legado intelectual con el paso del tiempo. Su influencia en la comprensión de las corrientes de pensamiento de su época y su impacto en el desarrollo del pensamiento latinoamericano lo convierten en una figura sobresaliente en la historia intelectual del continente.

Este pensador puede ser considerado como uno de los pioneros en el debate sobre el socialismo y el liberalismo en Venezuela. Su trabajo contribuyó a una reinterpretación de la historia venezolana, arraigada en la cultura y los intereses de la clase burguesa. Sus obras reflejan esta perspectiva y están estrechamente relacionadas con las circunstancias sociales e intelectuales de su tiempo. Por lo tanto, sus argumentos representan una nueva opción política para la clase que él representa, y es fundamental comprenderlos dentro del contexto histórico y político en el que surgieron.

En nuestra América, en los actuales momentos se viene suscitando un apremiante debate entre la "democracia burguesa" neoliberal y las alternativas a ese modelo. Los pueblos de América latina se encuentran ante el desafío de continuar desarrollando teorías críticas

emancipatorias en contraposición a proyectos políticos neoliberales, populistas e incluso socialistas que han derivado en formas de gobierno autoritarias disfrazadas de democracia y regímenes populares

La necesidad de una teoría crítica es hoy más apremiante que nunca, dado que el peligro de destrucción de la vida y la naturaleza es más inminente, y la actual crisis de civilización se presenta cada vez más difícil de superar. América Latina se encuentra ante el avance de una cultura y una ética que buscan sofocar de manera definitiva las alternativas emancipatorias que han surgido en el continente con un amplio respaldo popular.

Es así, como se entiende la vigencia, del debate entre el socialismo y el liberalismo recogido en la obra de este importante pensador. Es imperativo conservar este debate, dado que es esencial para forjar un mundo mejor, caracterizado por una mayor humanidad, equidad y sostenibilidad ambiental, en contraposición al modelo capitalista neoliberal que se nos presenta.

Sus ideas filosóficas y políticas se enmarcan en una época donde se apostaba por un tipo de pensamiento crítico que avanzó hacia ideales democráticos amparado en la tradición occidental, donde se entretienen tantos valores del cristianismo y liberalismo como los provenientes del socialismo, del que consideró una parte del futuro, siempre y cuando sea capaz de recuperar de él su enfoque en la búsqueda de la igualdad y la justicia social. De ahí su preocupación sobre el progreso y la civilización de toda la humanidad.

Referencias

- Baralt, R. M. (1968). *Escritos políticos. Obras Completas VI*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Cerutti, H. (2003). *Historia de las ideas latinoamericanas*. México: Casa Juan Pablo.
- Chateaubriand, F. (1881). *Ensayo sobre la literatura inglesa*. Madrid: Gaspar editores.
- Cousin, V. (1997). *Introducción a la filosofía de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guisot (2009). *Historia de la civilización, y su curso de historia del gobierno representativo*. Introducción de Ramón Punset, Traducción de Marceliano Acevedo Fernández, Oviedo: KRK Ediciones,
- Guizot (1849). *De la democracia en Francia*. Madrid: Imprenta de los señores Andres y Diaz.
- Marx, K. y Engels F. (2007). *Manifiesto del partido comunista*. Madrid: Alianza Editorial, Madrid.
- Massuh, V. (1999). *Cara y contracara. ¿Una civilización de la deriva?* Buenos Aires: Emecé Editores.
- Méndez, J. y Morán, L. (2009). *Las ideas positivistas y evolucionistas en la obra de Laureano Vallenilla Lanz*. **Revista de Filosofía**, Nº 61, enero-abril.
- Tinoco, A. (2007). *La idea de progreso en el pensamiento positivistas venezolano. Siglos XIX y XX*. Maracaibo: Universidad del Zulia. Ediciones del Vice Rectorado Académico.